

Solterismo quinceabrileño

En el continuo rodar de nuestra existencia vemos pasar, a veces, ciertos acontecimientos que, tal vez por la poca importancia que les prestamos o simplemente por la sencillez de su contenido, les damos al olvido, sin pensar que pueden ser las bases de grandes fenómenos, o bien, siendo bastante optimistas, la plataforma de otra nueva configuración de humanidad que se perfila con inusitada insistencia. No sé si me habré sabido expresar, pero el caso es concretamente el prematuro quiebre de una ficticia juventud hacia una seneetud improvisada a base de síntesis.

Claro, y el escenario no es para menos. La carrera séptima, teatro de tan grandes acontecimientos, como lo fue el grandioso 20 de julio de 1810 o cualquier ensayo de carnaval, hoy se presta para servir de fondo decorado a un puñado de imberbes, que, tal vez, a escondidas de sus casas, se pasean taconeando, envueltos en sus brillantes gabardinas, encuellados con vistosas bufandas de colores extravagantes, echándole piropos a la primera representante del sexo débil que pasa por aquellos contornos (y no digo sexo bello porque, con perdón de muchas, Max Factor no ha podido ver el culmen de su obra en algunas que, tal vez, no nacieron para pintarse).

Y es el caso más raro que haya contemplado el pobre mundo. Ellos tratan de poner a la par sus voces, maduras a fuerza

VISITE USTED

nuestra Sección de Útiles para Colegio

ALMACEN MORALES

CARRERA 8ª. NUMERO 11-37

de cigarrillo, con las de aquellos veteranos que, atareados por los negocios o por sus ocupaciones, entran a los cafés a tomar algún refrigerio o a descansar un poco sus ojos, fatigados de ver facturas, cheques o libros de contabilidad. Ahí, al pie de los veteranos, tenemos a los imberbes llamando a la empleada del establecimiento por su nombre y pidiendo "sifón" y "Cuba libre". mientras se chancean con los mayores y hasta intervienen en asuntos de alto vuelo doméstico y amatorio. Y son esos aquellos que aún no han sentido dentro de su corazón el chisporroteo de unos ojos que queman, pero que, en cambio, tienen llena la cartera de retratos y negativos de niñas, los que coleccionan como si se tratara de un concurso. Y no sólo se contentan con eso, sino que tratan de ver en sus contemporáneos, que aún no dedican su tiempo a tales comedias, los pobres que no saben divertirse. los anticuados, por decirlo así, los estudiosos de todos los cole-gios que han merecido el nombre de santurriones porque, sin saber de la epidemia reinante, se preocupan mejor de su porve-nir y de sus estudios.

Pero lo peor del caso es que no exige mucho la nueva gene-ración de quinceabrileños octogenarios. Solamente exigen cono-cer a Girardot, el hotel de Apulo, tener un vestido combinado, zapatos de suela de goma, saber el nombre de dos o tres niñas bogotanas de las de mayor renombre, el de cuatro artistas de ci-ne y tararear cinco o seis foxes en inglés, todo lo cual, junto y salpicado de un poco de "gomina", contribuye a formar, en un todo bastante perfecto, la indumentaria física e intelectual de tan ilustres futuristas.

Claro está que sus reuniones en nada desmerecen de su es-píritu "revolucionario". Se encuentran en un café los quinceabri-leños, piden unos cuantos "sifones", comentan las fiestas en perspectiva, hablan de aquellas que pasaron "bestial, pero faltó el néctar de la vida" y aluden a las "chinas" que son para ellos, actualmente, la ficción más atrevida que haya podido construir una revolución ideológica como la suya. Conversan sobre los au-tomóviles más bellos que vieron esa tarde. a lo que agregan otros las *fantásticas* velocidades a que recorrieron, acompañados, cla-ro está, de unos "amigos de papá", la carretera Central el do-mingo. No falta quien hable de modas (porque ello es muy inte-resante), de la corbata de Fulanito y del sombrero que le vieron

a Zutano, pareciéndoles aquélla la cosa más natural del mundo, sin pensar que los que les escuchan pueden figurarse estar en un baile de máscaras donde hay damas disfrazadas de machos.

Y a estos muchachos que hoy piensan pasar sus mejores días en esferas que no les corresponden, en ambiente del que se quejan los que a él han llegado por obra y gracia del almanaque, (porque ello se impone a cierta y determinada edad), no les ha pasado ni un solo momento por el pensamiento que están desperdiciando los mejores días de una edad en que todo es alegre, en que todo es sonrisas, en que la vida parece que cierra sus significados ante los ojos claros de la adolescencia. No han pensado en que esa edad tan cantada por los poetas, se va para no volver jamás, en esa edad para recuerdos y de los primeros amores, que se esfuman pero dejando huella profunda en nuestra vida. Todo pasa, las glorias y las penas, pero algo hay de que nunca nos podremos olvidar: la juventud.

Cuando este primer impulso desaparezca, nuestros jóvenes se sentirán ya viejos, porque deshojaron con sus propias manos la rosa nacarada de las primeras ilusiones, porque arruinaron, en un impulso de atrevimiento, los días más preciosos de la existencia que quedará desnuda dentro de sus profundas realidades para mostrar, en carne viva, lo que tiene de acibar y dolores.

Para algunos podrá parecer todo eso un juego o una diversión, pero la realidad nos muestra que es un mal cuyas raíces están muy profundas y muy alimentadas, pues viven de esa savia primera de la vida: de la sangre pura y burbujeante de la juventud.

¡Pobres muchachos!, será la queja de los que los contemplan pasar dentro de sus brillantes gabardinas y encuellados con

JOSE J. GOMEZ R.

— A B O G A D O —

Tiene sus nuevas oficinas en el edificio del **Banco Central Hipotecario**, números 5-20 y 5-21

Telégrafo GOMEZERRE

Apartado nacional 969 — Aéreo 42-12

sus vistosas bufandas. Otros dirán: “Póbres idiotas que se han metido a viejos por pura curiosidad”. Lo cierto es que los arriesgados futuristas han hecho de esa su indumentaria tan particular el ataúd en donde aprisionaron con esfuerzo las horas más dichosas, las más alentadoras alegrías y las ilusiones de aquel tiempo que, sin saber que lo perdían, malgastaban tranquilos, andando la ruta de los hombres maduros, las ilusiones de aquel tiempo que, cuando pensaron que terminaba, apenas les comenzaba.

Y todo esto que parece un cuento escrito para matar las horas, es la pura y neta realidad que se puede mirar y compadecer. Es el espejo viviente de una vida que agoniza entre sonrisas; es la historia de una época que brilla en la penumbra de los días más azules y más diáfanos.

Eduardo García Vélez

Alumno de Bachillerato del
Colegio de San Bartolomé.

Señora!

No olvide al pedir su chocolate

LA ESPECIAL

que en el de azúcar hay diferentes clases, para todos los gustos.

PIDA DETALLES EN SU GRANERO